



Amor con C

Serna, Andrea

Amor con C / Andrea Serna ; ilustraciones Valentina Toro. - Edición Fanuel Hanán Díaz.

Bogotá : Educactiva S.A.S., 2022.

72 páginas : ilustraciones ; 13,5 x 20 cm. - (Torre roja)

ISBN 978-958-00-2231-2

1. Cuentos infantiles colombianos 2. Literatura infantil colombiana 3. Relaciones familiares 4. Familia -- Convivencia 5. Amor -- Familia 6. Familia -- Cuentos infantiles 7. Abuelos y nietos 8. Relaciones intergeneracionales 9. Secretos -- Cuentos I. Serna, Andrea II. Toro, Valentina, ilustradora III. Díaz, Fanuel Hanán, editor IV. Título V. Serie.

Co863.6 SE486

CEP- Educactiva S.A.S.

Amor con C

© Andrea Serna, 2022

© Educactiva S. A. S., 2022

Carrera 11A No. 98-50 Ofic. 501 Bogotá, Colombia.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la Editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: Educactiva S. A. S., 2022

Edición: Fanuel Hanán Díaz.

Corrección: Marco Cardona Giraldo.

Ilustraciones: Valentina Toro.

Diagramación: Blanca O. Villalba Palacios.

Dirección de arte: Gloria Esperanza Vásquez.

Impreso por

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

61099013

ISBN: 978-958-00-2231-2



Amor con C

Andrea Serna

Ilustraciones
Valentina Toro

 **Norma**

www.normainfantilyjuvenil.com

*Para la abuela Carmen,
con quien leímos recetas, cartas y poemas.*

*Y también para quienes leen historias
a sus abuelos.*

Contenido

I.	11
II	13
III	17
IV	21
V	27
VI	33
VII	37
VIII	43
IX	47
X	53
XI	55
XII	61
XIII	65



I.

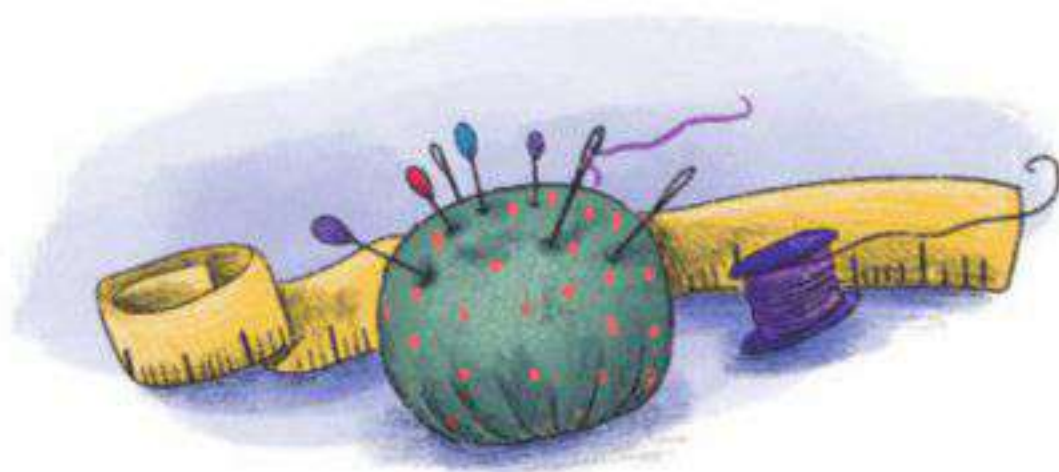
MI abuela no sabía escribir ni tampoco leer. Tenía una libreta donde llevaba las cuentas, garabateaba números y dibujaba su firma para no olvidar cómo era la C, cómo era la A, la R, la M, la E y la N. Se llamaba Carmen y solo sabía escribir su nombre. A veces, yo la veía mirar seiscientas veces las mismas páginas de una revista, como si quisiera descifrar lo que allí decían. Y otros días, la encontraba con la receta del médico en sus manos, tratando de recordar lo que las tías le habían explicado.

Cuando llegaban las vacaciones, siempre me iba a pasar los días con ella y el abuelo. A mí

me gustaba quedarme con los dos, aunque más con la abuela, así últimamente anduviera con una nube de pensamientos que la perseguían. A veces, cuando la nube era azulada, preparábamos juntas un dulce de brevas. En cambio, en los días en que la nube estaba gris, la abuela se quedaba en silencio. Entonces yo me iba a la biblioteca del abuelo y me entretenía con las enciclopedias.

En casa nadie se había preocupado por enseñarle a leer a la abuela. Ni las tías, ni el abuelo Hilario, ni mamá. Tampoco el tío Camilo que, desde que se fue a vivir a otro país, le enviaba tarjetas de cumpleaños, cartas y postales.

Pero esas vacaciones serían distintas. Yo descubriría lo que todo el mundo ya sabía y nadie me había contado: que la abuela no podía leer las cartas del tío. Tampoco el periódico del domingo, ni las instrucciones del doctor.



II

La verdad es que todo comenzó como una sospecha. Pero una vez lo descubrí, ya no tenía ninguna duda: la abuela no sabía leer. Lo supe cuando llegué a pasar unas vacaciones junto a ella. Yo quería mostrarle que ya era capaz de leer de todo: las etiquetas de los frascos, las cuentas de la casa y las recetas del doctor.

Cuando se lo conté a la abuela se puso muy feliz. En seguida, me mostró su recetario y me puso a prueba:

—A ver, mijita, ¿qué dice aquí?

Yo mire las musarañas del médico (o sea su letra, porque no se le entendía bien) y leí:

—Aquí dice: dos gotas por la mañana, tres al medio día y cinco para la noche.

La abuela acomodó sus gafas para ver mejor y empezó a contar mientras caían las gotas en la cucharita. Después me pidió que leyera de nuevo, y yo repetí:

—Dos gotas por la mañana, tres al medio día y cinco para la noche.

La abuela sonrió.

—De verdad que ya lees muy bien —me dijo muy orgullosa.

Luego me llevó a la cocina y me pidió que leyera los ingredientes para un pastel. Y al rato, cuando se sentó sobre la cama para remendar los pantalones rotos del abuelo, señaló algunas revistas de la biblioteca.

—¿Por qué no me lees alguna? —me dijo, sin dejar de mirar en su cajita de hilos y agujas.

Me senté a su lado y le mostré algunas para que ella escogiera:

—¿Qué te parece esta? —le pregunté.

La abuela entornó los ojos.

—¿Por qué mejor no la escogés vos?

